

Administradores de los misterios de Dios

Por Bonnie Anderson

Que la gente nos considere como servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios —1 Corintios 4:1

En el equinoccio de otoño hace apenas una semana, cuando la tierra se estaba inclinando sobre su eje, las congregaciones de toda la Iglesia Episcopal esperaban inclinarse ellas mismas hacia un balance positivo al prepararse para sus campañas anuales de mayordomía.

En la Iglesia Episcopal, la campaña otoñal de mayordomía, o “campaña de promesas”, es tan predecible como la salida y puesta del sol. A pesar de que la campaña de mayordomía sigue, como de costumbre, su ritual en las congregaciones de toda la iglesia, este año la situación es diferente. En todo el mundo, la gente se enfrenta a retos económicos nuevos e importantes. Las tasas de desempleo están en máximos históricos, la financiación de la educación pública es deficiente y los servicios públicos sufren recortes. Demasiada gente es incapaz de ganar aún un ingreso de subsistencia y muchos niños y ancianos sufren demasiado.

El significativo cambio social económico y ambiental que se está desarrollando a nuestro alrededor nos invita a considerar las viejas prácticas de una manera nueva. Nuestra respuesta a todo lo que Dios nos ha dado mediante la mayordomía - el diezmo bíblico y el dar de nuestro tiempo, talento y tesoro - tiene un nuevo sentido de urgencia.



marie c. fields/shutterstock.com

Administradores de los misterios de Dios

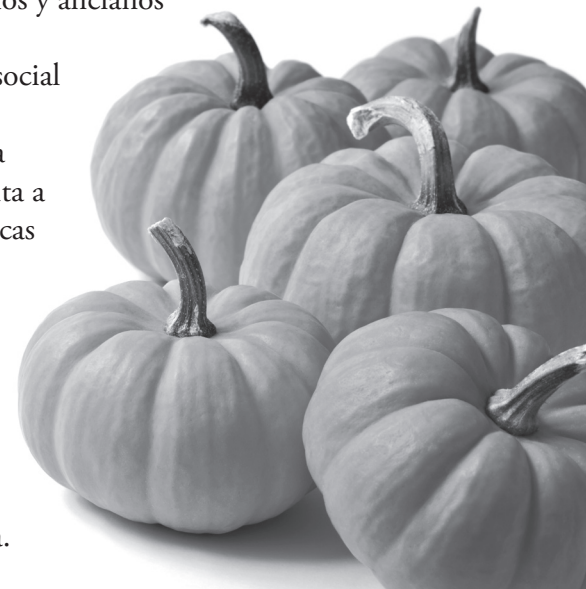
Por Bonnie Anderson

Que la gente nos considere como servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios —1 Corintios 4:1

En el equinoccio de otoño hace apenas una semana, cuando la tierra se estaba inclinando sobre su eje, las congregaciones de toda la Iglesia Episcopal esperaban inclinarse ellas mismas hacia un balance positivo al prepararse para sus campañas anuales de mayordomía.

En la Iglesia Episcopal, la campaña otoñal de mayordomía, o “campaña de promesas”, es tan predecible como la salida y puesta del sol. A pesar de que la campaña de mayordomía sigue, como de costumbre, su ritual en las congregaciones de toda la iglesia, este año la situación es diferente. En todo el mundo, la gente se enfrenta a retos económicos nuevos e importantes. Las tasas de desempleo están en máximos históricos, la financiación de la educación pública es deficiente y los servicios públicos sufren recortes. Demasiada gente es incapaz de ganar aún un ingreso de subsistencia y muchos niños y ancianos sufren demasiado.

El significativo cambio social económico y ambiental que se está desarrollando a nuestro alrededor nos invita a considerar las viejas prácticas de una manera nueva. Nuestra respuesta a todo lo que Dios nos ha dado mediante la mayordomía - el diezmo bíblico y el dar de nuestro tiempo, talento y tesoro - tiene un nuevo sentido de urgencia.



marie c. fields/shutterstock.com

Al igual que una piedra arrojada en un estanque, la promesa que un individuo o una familia hace a una congregación sostiene el ministerio de la congregación y, a su vez, contribuye al ministerio de la diócesis a través de la contribución de la congregación. El efecto dominó que va de nuestras casas a nuestras congregaciones, a nuestra diócesis y a la Iglesia Episcopal en general permite apoyar y capacitar la obra de Dios en el mundo.



Bonnie Anderson

Hasta los últimos años, las ofrendas en la Iglesia Episcopal crecieron más rápidamente que la tasa de inflación. Mientras que la membresía en la Iglesia Episcopal y la asistencia a los servicios del domingo han ido disminuyendo desde 2002, las tendencias de la mayordomía han sido positivas.

Según Kirk Hadaway, director de investigación de la Iglesia Episcopal, las donaciones en la bandeja y la promesas de dar aumentaron constantemente desde 1991 hasta 2008, cuando cayeron por primera vez desde que contamos con fiables registros. La promesa promedio en las parroquias nacionales aumentó de 1.791 dólares en 2003 a 2.302 dólares en 2008, y las donaciones en la bandeja y las promesas por asistente aumentaron de \$1.496 a \$1.883 durante el mismo período, según datos de Hadaway.

Tal vez ahora Dios nos pida regresar a nuestra generosidad anterior al 2008, incluso de cara a la presente crisis económica. Tal vez se nos pida revisar nuestros conceptos de éxito y riqueza, e inventar un estilo de vida que refleje los valores cristianos que profesamos mantener.

La práctica de nuestra mayordomía puede ejemplificar nuestra teología moral y demostrar en qué manera somos mayordomos de relaciones, tiempo y dinero mientras mantenemos un equilibrio entre la responsabilidad y la acción. La obra de Dios demanda un equilibrio poco común.

Pongamos un freno a nuestro gasto personal y visualicémonos viviendo dentro de un presupuesto personal que es menor de lo que realmente tenemos disponible. Llamemos a la diferencia entre nuestros ingresos reales y nuestro presupuesto el aumento de “costo de dar”. Podemos dirigir nuestro diezmo personal hacia los ingresos reales, a continuación, agreguemos el costo de dar. Luego, done la cantidad total.

Al igual que la luna de la cosecha (luna llena), que inusualmente coincidió con el equinoccio de otoño de este año, la campaña anual de mayordomía puede verse como un simple evento habitual para el ojo inexperto. Pero la obra de Dios nunca es un evento habitual. La ofrenda de cada individuo, familia, congregación y diócesis adquiere una importancia inconmensurable en estos tiempos difíciles, que nos llaman de nuevo a oportunidades inimaginables para vivir como el pueblo santo de Dios.

Bonnie Anderson es la presidenta de la Cámara de Diputados de la Convención General de la Iglesia Episcopal.

Al igual que una piedra arrojada en un estanque, la promesa que un individuo o una familia hace a una congregación sostiene el ministerio de la congregación y, a su vez, contribuye al ministerio de la diócesis a través de la contribución de la congregación. El efecto dominó que va de nuestras casas a nuestras congregaciones, a nuestra diócesis y a la Iglesia Episcopal en general permite apoyar y capacitar la obra de Dios en el mundo.



Bonnie Anderson

Hasta los últimos años, las ofrendas en la Iglesia Episcopal crecieron más rápidamente que la tasa de inflación. Mientras que la membresía en la Iglesia Episcopal y la asistencia a los servicios del domingo han ido disminuyendo desde 2002, las tendencias de la mayordomía han sido positivas.

Según Kirk Hadaway, director de investigación de la Iglesia Episcopal, las donaciones en la bandeja y la promesas de dar aumentaron constantemente desde 1991 hasta 2008, cuando cayeron por primera vez desde que contamos con fiables registros. La promesa promedio en las parroquias nacionales aumentó de 1.791 dólares en 2003 a 2.302 dólares en 2008, y las donaciones en la bandeja y las promesas por asistente aumentaron de \$1.496 a \$1.883 durante el mismo período, según datos de Hadaway.

Tal vez ahora Dios nos pida regresar a nuestra generosidad anterior al 2008, incluso de cara a la presente crisis económica. Tal vez se nos pida revisar nuestros conceptos de éxito y riqueza, e inventar un estilo de vida que refleje los valores cristianos que profesamos mantener.

La práctica de nuestra mayordomía puede ejemplificar nuestra teología moral y demostrar en qué manera somos mayordomos de relaciones, tiempo y dinero mientras mantenemos un equilibrio entre la responsabilidad y la acción. La obra de Dios demanda un equilibrio poco común.

Pongamos un freno a nuestro gasto personal y visualicémonos viviendo dentro de un presupuesto personal que es menor de lo que realmente tenemos disponible. Llamemos a la diferencia entre nuestros ingresos reales y nuestro presupuesto el aumento de “costo de dar”. Podemos dirigir nuestro diezmo personal hacia los ingresos reales, a continuación, agreguemos el costo de dar. Luego, done la cantidad total.

Al igual que la luna de la cosecha (luna llena), que inusualmente coincidió con el equinoccio de otoño de este año, la campaña anual de mayordomía puede verse como un simple evento habitual para el ojo inexperto. Pero la obra de Dios nunca es un evento habitual. La ofrenda de cada individuo, familia, congregación y diócesis adquiere una importancia inconmensurable en estos tiempos difíciles, que nos llaman de nuevo a oportunidades inimaginables para vivir como el pueblo santo de Dios.

Bonnie Anderson es la presidenta de la Cámara de Diputados de la Convención General de la Iglesia Episcopal.